

industriales (ingleses, alemanes y norteamericanos) por el control de mercados y materias primas. Liberalismo e individualismo empezaron a tambalearse y las ciencias y las artes dieron sus señales de perplejidad antes de tiempo.

Lo apretado del volumen obliga a Hobsbawm a sintetizar y él lo hace con sentido de la selección documental y velocidad de relato. La materia le es conocida de sobra y, aunque a veces sus juicios de sesgo sociologista son excesivamente perfilados, el conjunto es provechoso de leer. Más allá de sus humanas limitaciones, la autocrítica –tan humana como infrecuente, también– asoma en reflexiones como la siguiente y jugosa: «La historia no tiene en cuenta el interés de los historiadores, aunque algunos no siempre son conscientes de ello».

El desnudo femenino. Arte, obscenidad y sexualidad, Lynda Nead, traducción de Carmen González Martín, Tecnos, Madrid, 1998, 188 pp.

El tema que anticipa el título de este libro es enfocado por la autora (que profesa en el Birkbeck College de Londres) desde una perspectiva duramente feminista. Cabría preguntarse por la utilidad de este presupuesto metodológico pero, más allá de él, mejor suerte corre evaluar sus resultados.

Nead considera –a mi modo de ver erróneamente– que hay un cuerpo femenino «natural» que ha sido conformado según pautas de dominio y sumisión por la cultura patriarcal. En rigor, no hay cuerpo femenino ni masculino «naturales», sino construcciones simbólicas, a menudo en clave de ideal o de caricatura. En tal caso, la cultura, si somete (que lo hace tanto como libera de las servidumbres naturales propiamente dichas) lo hace por igual a ambos sexos.

Algo parecido puede razonarse sobre los límites que Nead intenta fijar entre desnudo, obscenidad y pornografía. Cualquier figura puede ser pornográfica, porque nadie sabe qué resulta excitante para tal o cual espectador. Se regulariza la excitación por la estadística y así resulta un modelo antropológico dominante de objeto excitador. La obscenidad es de orden moral y jurídico, y marca el límite pudoroso entre lo exhibible y lo ocultable. La pregunta constante es la que Nead no se plantea: ¿se puede ver todo lo que se puede mostrar? ¿Está completamente desnudo un cuerpo desnudo? ¿En qué medida la piel muestra y enmascara, es densa o profunda, o sea abismal?

Picante y dogmático, este texto, por seguir con las figuras del mirón y el mirado (en este caso, mejor: la mirada) exhibe las limitaciones del dogmatismo que señorea en ciertas zonas del feminismo actual y que

trata de invertir el temor y la reticencia ante el otro sexo, tradicionalmente adjudicado a los varones, y ahora en plena dialéctica feminista de pureza/polución.

Mirar y hacerse mirar. La moda en las sociedades modernas, Ana Martínez Barreiro, prólogo de Enrique Gil Calvo, Tecnos, Madrid, 1998, 244 pp.

La moda y la modernidad (la homofonía es evidente) van de la mano, al menos desde el Cuatrocientos. Reflexiones de todo tipo han seguido a la pareja. Ya es hora de poner límites al estado de la cuestión y es lo que hace la autora de este libro, repasando la frondosa bibliografía que han construido sociólogos, ensayistas e historiadores.

El concepto de moda, sus funciones, la relación entre modas y clases sociales, la industrialización de la moda, el factor político en la moda (su influencia en el cambio social), la lectura psicoanalítica del vestido y el desnudo, la semiótica estructural de la moda, van constituyendo un itinerario que desemboca en este fin de milenio. Ecléctico, nuestro tiempo mezcla las categorías que se diferenciaron en otras épocas: lo masculino y lo femenino, el estilo dominante, lo nuevo y lo viejo, etc.

Aparte de un didáctico resumen de opiniones y teorías, la autora analiza algunas estadísticas sobre el

consumo de la moda en España, señalando las tendencias de los gustos dentro de la oferta según edad, sexo y estado civil. Así es factible configurar el vestuario dominante y el término medio vestimentario de los españoles de hoy, con ventaja en variedad y cantidad para las mujeres, como viene siendo regular desde hace siglos.

La moda puede considerarse un capítulo menor de la sociología y una viñeta pintoresca de la historia. Sin embargo, el hecho de cubrir el cuerpo, de descubrirlo, de protegerlo, de señalarlo, de distinguirlo o disimularlo, es uno de los eventos básicos de la cultura y, a su través, es posible razonar un sistema de normas, una ética de la vida cotidiana, que suele ser la vida a secas.

La cocina de Palacio 1561-1931, María del Carmen Simón Palmer, Castalia, Madrid, 1998, 185 pp.

Comer, en sentido contemporáneo de la palabra, hasta comienzos del siglo XX, sólo ha comido una ínfima minoría de la humanidad. Las hambrunas de nuestros antepasados dejan pálida a cualquier guerra. A fines del siglo XVII, una sequía produjo en Francia un millón de muertos. Y suma y sigue.

Por eso resulta curioso examinar los contenidos y formas de la comida de las aristocracias, destinadas a

conservar, por medio de la herencia genética, los valores nobles de la humanidad, la fortaleza necesaria para hacer la guerra y el bienestar que requiere la administración del Estado.

La autora, basándose en una minuciosa documentación, describe la organización de la cocina real en el condigno palacio madrileño, desde Felipe II hasta Alfonso XIII. Los maestros cocineros, normalmente extranjeros (franceses, por mejor decir), los proveedores, los bodegueros, el personal de mesa, desfilan con sus estrictos deberes y jerarquías. Del mismo modo nos enteramos de las etiquetas para los distintos condumios, las medidas higiénicas, las prevenciones contra envenenamientos, la composición de las vajillas, los instrumentos de cocina, los menús, los servicios de dulces y bebidas, los adornos florales y demás utillaje de mesa, sin olvidar floreros y manteles. Es sabido que la corte española fue de las más formalistas de Europa y regocija leer la cantidad de fórmulas que debían cumplirse para que un monarca pudiera probar los exquisitos bocados de su provisión.

Sin pretender mayores vuelos historiográficos, la autora describe y clasifica sus noticias, proveyéndonos, además, de un material ilustrativo suntuoso, con fotografías de lugares y reproducciones de grabados y de los succulentos bodegones al óleo donde la abundancia de ali-

mento brillaba en medio de un mundo más o menos hambriento.

La herida patriótica. La cultura del nacionalismo vasco, *Mikel Azurmendi, Taurus, Madrid, 1998, 201 pp.*

El perfil del nacionalismo vasco y su carácter de ideología construida sobre una identidad artificiosa que se autodefine como natural, ha sido estudiado ya con holgura por ensayistas como Julio Caro Baroja y Jon Juaristi. Azurmendi matiza algunos de estos aspectos de la investigación encuadrándola en un marco histórico: la sociedad vasca se integró a la monarquía española y participó en sus principales y más características empresas, hasta que a comienzos del siglo XIX, la amenaza liberal al tradicionalismo promueve la creación del mito del hombre *baserritarra*, el campesino ignorante y sano que habla eusquera y se opone al corrompido y malamente cultivado hombre de la ciudad.

A partir de este hecho, las guerras carlistas sirven para poner en escena un supuesto enfrentamiento Euzkadi-España, que es, en rigor, una confrontación entre liberalismo español e integrismo carlista. Sabino Arana alimentará este dualismo con una buena dosis de ideas raciales, que, a su tiempo, la ETA exornará con planteamientos tercermundistas, diseñando un perfil del País

Vasco como territorio invadido por los españoles y sometido a un estatuto colonial. En medio, la guerra civil puso de manifiesto algo que suele olvidarse con astucia: la mayoría de los vascos y navarros fueron partidarios del bando franquista.

Así las cosas, Azurmendi percibe una encrucijada en que el nosotros vasco se entiende, desde el nacionalismo, como étnico y excluyente, ligado al destino de una lengua que sólo compulsivamente será la materna del país. La única salida

razonable es una reforma de ese *nosotros*, vuelto abierto, plural y democrático. De otra manera, el problema vasco se enquistaba y repite sus sangrientos episodios de modo circular.

Aunque no se trate de un texto novedoso en sus planteamientos, la claridad de la exposición y la inteligente selección de noticias justifican la existencia de este libro dolido y lúcido.

Blas Matamoro

